

JAIME GUZMAN

Ambigüedad que persiste

La dirigencia demócratacristiana manifiesta gran molestia cuando se le reprocha no ser clara y consistente en su definición frente al comunismo. Señala que ya se ha definido sin equívocos al respecto y que todo requerimiento en tal sentido sería majadero y destinado a desviar el debate político de "los verdaderos problemas que hoy interesan al país".

Sin embargo, desgraciadamente subsisten elementos objetivos que llevan a estimar que la posición del PDC frente al comunismo es ambigua. Y estoy convencido de que ello incide en el eje de nuestros problemas políticos, porque representa uno de los mayores escollos prácticos tanto para el avance hacia la plena democracia como para sus perspectivas de estabilidad hacia el futuro.

Analicemos el asunto a la luz de un ejemplo concreto.

En reciente entrevista concedida a *La Tercera*, el dirigente del PDC Enrique Krauss reitera que su partido postula "un proyecto absolutamente discrepante al del Partido Comunista", en especial porque en Chile el comunismo "tiene una raíz tan profunda en el marxismo-leninismo, a la vez que una vinculación tan grande con la Unión Soviética".

Pese a ello, en la *misma* entrevista, el señor Krauss señala que "poder permeabilizar, de algún modo, la actitud, a mi juicio, profundamente equivocada de los comunistas, en el sentido de utilizar la violencia como método de acción política, me parece que es de una responsabilidad política muy importante". Y lo fundamenta: "Porque en la medida en que se pudiera contar con el Partido Comunista no para acuerdos políticos, sino para restablecer la democracia en el país, ello sería desde todo punto de vista conveniente".

Sobre ese supuesto, el señor Krauss justifica los "acuerdos en acciones concretas" que "en la base social" se producen entre las dirigencias demócratacristianas y comunistas de los más variados niveles.

Basta remitirse al enfoque transcrito, sustentado por uno de los dirigentes



presuntamente más antimarxistas del PDC, para que afloren las serias contradicciones y lagunas de tal "definición" frente al comunismo.

En efecto, ¿cómo podría transformarse en actor válido e "importante" para "restablecer la *democracia* en Chile", un partido que posee "una raíz tan profunda en el marxismo-leninismo"; es decir, una doctrina y un propósito *totalitarios*?

Es aquí donde emerge la insalvable incongruencia de la dirigencia del PDC. Porque mientras ella afirma que el comunismo es inconciliable con la democracia tanto por los *fines* como por los *medios* que aquél propicia, de hecho sólo pone realmente el acento en los *medios* . Bastaría pues que el Partido Comunista renunciara a la "vía violenta" (lo cual, conforme a su doctrina, sólo reviste alcances tácticos y siempre cambiables) para que el PDC estuviese dispuesto a considerarlo agente idóneo de nuestra democracia.

¿Cómo conciliar tal criterio con la experiencia que vivimos entre 1970 y 1973? ¿O con el reciente "Acuerdo Nacional" suscrito por el PDC, donde se señala que los partidos que por sus *objetivos* sean antidemocráticos, deberán ser declarados inconstitucionales?

Y si en las "definiciones" pertinentes del PDC subsisten tan graves ambigüedades, ellas se agravan por su adicional inconsecuencia en los hechos. Porque a nadie se logrará convencer que no son "pactos políticos" las alianzas demócratacristiano-marxistas en organismos gremiales (sindicales, estudiantiles o profesionales) que ellos mismos politizan abiertamente. O la "mesa de concertación juvenil" que congrega de modo estable y oficial a las juventudes demócratacristiana y comunista.

Por todo ello, resulta imprescindible insistir en alertar a la opinión pública sobre la persistencia de la ambigüedad y debilidad del PDC chileno frente al comunismo.

ción (liderados externamente por sus cúpulas) comenzaron a trabajar en su proceso de recuperar la Fech. Para dar un cariz más democrático a una determinación que ya estaba tomada, convocaron a una asamblea constituyente, para que redactara los estatutos que regirían a esa federación. Al plebiscitarlos, sesenta por ciento del estudiantado se mostró contrario a ellos (abstención más votos en contra), pero éstos fueron igualmente aprobados, porque el proceso fue claramente dirigido y manejado por la oposición.

Una misma lista

Vino entonces la tierra derecha para elegir la mesa directiva de la Fech. Toda la oposición se unió en una lista, tal como lo tenía planeado mucho antes la izquierda. El triunfo de Ljubetic también estaba dentro de los planes izquierdistas. Su estrategia es la de no ocupar las presidencias. No les convenía que, después de once años, la primera elección directa en la "U" diera como ganador a un comunista, pues esto llevaría al gobierno a desbaratar sus planes a cualquier costo. Por eso, les resultaba mucho más cómodo tener a un Ljubetic (DC izquierda) que diera la cara en todo el proceso que recién se iniciaba.

La presidencia de Ljubetic dejó evidencias claras de los objetivos de la nueva Fech. A sólo horas de resultar electo (octubre de 1984), hizo un primer llamado a los estudiantes a sumarse a un paro nacional convocado por esas fechas. A la cabeza de una mesa que reunía a toda la oposición, durante el año de su mandato demostró no tener mayor diferencia de opiniones con comunistas y socialistas. Los llamados a paros y movilizaciones sociales se hicieron cada vez más frecuentes. En sólo meses, la "U" volvió a ser la de antaño: carteles y consignas en los pasillos, mítines, violencia y más violencia.

Ljubetic cedió la presidencia, en mayo de 1985, a Humberto Burotto, también DC. El resultado de la elección le dio apenas una mayoría relativa, lo que les obligaba a ir a una segunda vuelta. Pero nuevamente la DC y la izquierda llegaron a un acuerdo. No llamaron a una segunda vuelta y así, violando los estatutos que ellos mismos crearon y pasando por sobre todas las normas "democráticas", solucionaron el problema a través de un consenso interno. Burotto mantendría la presidencia, dejando la vicepresidencia nuevamente para el comunista Gonzalo Rovira y la secretaria general al socialista Fernando Arancibia.

Con el correr de los meses, Rovira —de mayor experiencia política— sobrepasó a Burotto, lo que provocó grandes quiebres en la mesa directiva. Con todo, la DC dejó que el comunista arrastrara el carro, dejando convertir la universidad en instrumento de la izquierda.